



AUTORRETRATO EN TINTA

VANESSA VILCHES

La mano nunca alcanza la velocidad del pensamiento. Varios intentos y sufre su desproporción, la de su rostro y la del papel. La pintura debe ser un medio más feliz, debe acercarse a algo. La escritura aleja, el papel se traga las palabras. Boberías. Todo se convierte en tinta.

No cede al impulso de levantarse y caminar, de inventarse un café o un cigarrillo que lo ayude a escapar de sí y de su palabra, que es lo mismo. Describir un rostro, solo con letras, es la precaria tarea que se ha impuesto de un tiempo para acá, pero depende demasiado de la imagen, de las formas y los colores. La palabra le parece difusa e insuficiente para construir un boceto en rostro, piensa que provoca una fascinación atroz. Da por sentada su belleza, esa androginia que desde pequeño lo hizo vulnerable y, a la vez, poderoso ante todos. Los amigos de sus padres lo adoraban. Tiene una cara irresistible: cuadrada, con marcados pómulos y labios gruesos. Sus ojos algo rasgados son profundamente oscuros. El tono olivo de su cutis complementa su belleza. Sin embargo, el mejor rasgo es la pequeña cicatriz que le dejó la mordida de su perro. El animal lo sorprendió mientras jugaban como siempre. De pronto un profuso chorro de sangre le manchó la camisa. Justo en el labio superior, las mandíbulas caninas le abrieron la piel, cuyo frío aún conserva como recuerdo del vicio animal. Lo que a los ocho años se avistaba como un labio tumefacto, se convirtió en la coronación de su belleza. Ahora el rostro estaba perfecto. Ha sido siempre su mejor pasaporte. Lo supo desde niño, cuando los halagos lo hastiaban. Leía y escribía como ningún otro chico de su edad. Eso le otorgaba una cierta notoriedad entre los adultos de la cual se vanagloriaba aunque, en su fuero interno, sabía que su poder estaba en su rostro. En la universidad fue admirado por sus profesores, quienes veían en él, en ese ángel caído, su siguiente amante. Su magnífico escudo aún le abre puertas, ventanas, caminos, cuerpos.

Hoy pensó describirse a partir del rostro. Era un ejercicio en el que había pensado mucho. Nombrar sus rasgos no le entusiasmaba demasiado. Quizás las miradas de los otros, que estaban grabadas, darían cuenta del descuadre entre ese rostro y su cuerpo, entre esa cara y su interior. Haría lo que fuera por pintar cabezas, miles, deformes, horrendas y bellas a la vez. Pensó en los cuadros de Henri Michaux. Hoy no se le daba bien la traducción de la plástica al grafo. Le vinieron a la mente las palabras del artista: "...se está en una perpetua fiebre de rostros".

La primera vez que vio sus *Alfabetos* en una exposición en el MOMA pensó que nadie podría comprenderlo mejor. Esos cuadros donde Michaux hacía de la caligrafía imagen lo inquietaron. Vio las formas en tinta china como extensión de las sensaciones corporales. Las figuras en el papel se parecían demasiado a las letras. Sintió que la mano del pintor hablaba, pronunciaba en silencio un lenguaje imposible. El viaje a Nueva York fue cortesía de su profesor de psicología, practicante de la psicoterapia con sustancias entactógenas.



Discípulo de Ann Shulguin, defendía el uso de la mezcalina para la auto-exploración. En las tardes, después de ofrendarle el cuerpo, el profe le contaba de sus viajes con peyote, de los tés de San Pedro, de las posibilidades de encontrar la iluminación en esos rituales que los huicholes, los tarahumaras, los coras, los comanches practicaban desde hacía siglos. Lo introdujo también a Artaud, Lewin y Castaneda y entre un trago de mezcal y otro, entre un polvo y otro, le narraba su travesía por el desierto de San Luis de Potosí, donde se le abrieron las puertas de la percepción y tuvo la visión beatífica de la mezcalina por la gracia gratuita del sagrado cactus. Habría ido de excursión a México con el profe a experimentar el infinito turbulento tan recomendable a los intelectuales, de no ser por el celo de sus padres, que sospechaban el amorío. De ese curso su mejor ganancia fue Michaux.

Retoma el papel. Usa una pluma fuente. Desea vincularse materialmente a lo que escribe. El índice se le mancha de tinta. Eso le da la medida de la corporeidad. Frota el líquido negro por los dedos. La imagen infantil lo transporta a los efectos de la mezcalina. Nunca ha sido como la primera vez. En aquel entonces leía el Michaux de *Un bárbaro en Asia*. Los poemas del belga-parisino le pegaron fuerte, pero ver sus *Dibujos mezcalininos* varios años después fue como un tajo a la yugular. Luego de asistir a la exposición deseó usar la droga, buscar la manera de sentir lo mismo que ese estrafalario poeta y pintor. En el museo le atrajo el dinamismo de los cuadros de Michaux, la obsesión mánica del trazo, su apego a la caligrafía. Parecía que las palabras eran el punto de partida de sus figuras en tinta china. No podía identificar las formas a medias entre animales, símbolos y figuras humanas. Se detuvo frente a uno de los *Dibujos mezcalininos*. Miles de líneas frágiles, delicadas y, a la vez, perturbadoras, componían el cuadro. Parecía que algo luchaba por emerger de esa madeja de trazos. No lo pudo descifrar y eso le encantó.

Cuando intenta describirlas con palabras las formas se desdibujan. La tinta se riega y apenas alcanza a traducir un rasgo. Recurre a OJO. Empieza por ahí. Hay mucho de representación en esa palabra que hoy se le hace tan necesaria. Será su centro, si alguno. Dos ojos y una nariz. Un esbozo de mirada.

Abandona su plan original. Quiere describirse de memoria, acudiendo a todas las miradas de sí que recuerda. Desea conjurar en palabras la mezcla de color y oscuridad que lo conforma, una especie de texto que imite el movimiento, igual que una cabeza cubista. ¿Cómo traduzco la velocidad?, se pregunta. La simultaneidad discursiva es imposible. No se acerca. Terreno peligroso. Como si fuera en piedra, traza la o. Nunca le había dado tanto trabajo esparcir tinta en un papel. Siente que debe forzar el estilete, obligar la letra a existir. Se imagina cavernícola, inscribiendo la figura del sol en las paredes de la cueva. Su memoria le devuelve muecas solitarias. Si alcanzara a dibujar la j tal vez llegaría a su centro. Una jota es nariz. Ahí está. Solo faltaría la otra o. Qué letra tan poderosa. Abismal. Se asusta ante ella. No abandona su propósito, continúa escribiendo la letra o. Una o es un círculo aterrador, no había reparado en ello. Bulle algo en esa cara simple del pictograma OJO. Lo ve en el temblor sincopado de una o ojo. Ojo móvil. De tanto forzar se rasga el papel. Un pequeño orificio adorna el escrito. Por ese hueco escapa.

La primera vez que probó la mezcalina, aún era amante de Joaquín. De hecho, fue él quien logró que una amiga historiadora, Adriana Recio, les organizara un viaje a San Luis de Potosí. Ella estudiaba la Native American Peyote Church y el uso sacramental de la planta para su tesis en la Universidad de Columbia. Conocía muy bien el alcaloide porque había

acampado en el desierto de Real Catorce para encontrar las escasas manchas de peyote escondidas al abrigo de plantas espinosas. Su madre, una jipi de Coyoacán con ínfulas de antropóloga, había intentado sin éxito encontrar su paraíso perdido en los botones del peyote, en las cocciones del cactus San Pedro y en la cimorra. Todos los veranos su madre la llevaba, junto con unos amigos, a hacer la travesía por el desierto en busca de la estrella del peyote o de las hojas del cactus San Pedro, guiados por un chamán. Veía cómo los adultos masticaban uno a uno los amargos botones del peyote y se quedaba dormida esperando a que les pasaran los efectos alucinógenos. De vuelta al DF, la madre preparaba un brebaje de la corteza del cactus. Eliminaba la médula y ponía a hervir la corteza amarga con agua, cáscara de china, canela y clavo por cinco horas para experimentar nuevamente, por vía de un vaso de té, la divinidad.

Hicieron todo tal y como Adriana les indicó. Un estudiante mexicano los esperaba. Les consiguió el cactus y les ayudó a traspasar la Huasteca Potosina. Ayunaron, cigarrillo incluido, para evitar las náuseas y los vómitos, y esperaron el atardecer. Ceremoniosamente, cada cual se comió siete gajos de peyote. Los botones no eran tan amargos como pensaba. Al cabo de una hora se abrieron las puertas del cielo. Sintió por los poros el paso de la beatífica presencia de una luz que compartía con Joaquín. Lo bendijo por amarlo y procurar ese momento. Sintió la intensidad del verde, el azul y el ocre. Parecía que sus ojos se habían posado en un caleidoscopio, que transformaba los objetos en figuras coloridas de indescriptible belleza. Era cierto, el peyote contamina de ángel al hombre. Fueron zorros, cactus, águilas e insectos antes de que la cresta del viaje pasara.

Pero ahora es el presente del autorretrato. Toma un nuevo papel. Recurre a la escritura automática. Algo saldrá del experimento surrealista. Sin proponérselo, su mano traza la palabra MONSTRUOS. Deja de escribir. ¡Ja!, se divierte, es mi mejor descripción, así, en plural. Más que un autorretrato es su autobiografía. Tantos me habitan, me deforman. Le viene a la mente la cara grotesca que se le apareció en aquel callejón bajo los efectos de la mezcalina la noche que abandonó a Joaquín. No debió usarla en esa ocasión, se acababa de enterar de la enfermedad de su amante. Sabía que no podría acompañarlo. Que esa era la última vez que lo vería. Detestaba los cuerpos enfermos, las lágrimas, la cursilería inevitable de la muerte. Hay gente que sirve para acompañar muertos, yo no. Estoy hecho para el presente, para el cuerpo vivo y lujurioso, pensó. Estará bien, estará mejor con alguien que lo cuide. Aquella noche se apresuró a su apartamento y no se le ocurrió otra cosa que prepararse el brebaje del autoconocimiento. Hacía tiempo que no lo probaba. Pensó en su profesor, en sus apasionadas conversaciones, mientras se tomaba un jugo de china con mezcalina en polvo. Reconoció el paso del tiempo y se sintió viejo. Los muebles comenzaron a incendiarse. La luz brillante que experimentó la primera vez ahora era una llama amenazante. Sentía frío y calor al mismo tiempo. Se asustó y decidió salir a caminar. Recordó que había hecho todo lo contraindicado: estaba solo en la ciudad y deprimido. Mientras caminaba fue capaz de escuchar el imperceptible sonido de las cucarachas. El olor a rata podrida y orines lo abofeteó. El ruido de la gente se le hizo insoportable. Sintió náuseas. Pensó que lo perseguían y se escondió en un callejón. Vomitó. Al incorporarse se dio cuenta de que era una cabeza desproporcionada, gigantesca, aislada del cuerpo. Una figura en dos planos diferentes. Su cabeza antecedía al cuerpo, como si lo abandonara. Se desfiguraba continuamente. Giraba, se movía y su boca vomitaba otra cabeza parecida en su deformación. Los contornos de la nueva

cabeza se diluían y la boca acaparaba la imagen nuevamente con su vómito incesante de rostros. Se reconocía en ellos, en algún detalle. Unas veces era la fiereza de la mirada, otras, la seductora boca, pero las más de las veces, era la cicatriz en el labio lo que le permitía identificarse. Verse tan múltiple fue el infierno que la conciencia disimulaba y ocultaba.

Ahora, frente a la palabra monstruos, también suda. Esto es lo que queda de sí: una grotesca máscara amorfa, incorpórea. Se siente mal en su cuerpo. Se encuentra insoportable. Ha llegado al infinito turbulento. Siente que la energía se le agota. Su desazón es grande. Por un momento decide abandonar su proyecto.

Se recompone, o eso cree. Rompe el papel. Toma otra hoja. Coloca el estilete en la página por un segundo y aparece un punto de tinta negra. Casi sin darse cuenta el punto se esparce en la superficie del papel. Retira la pluma. Al fin lo logra, esa sombra oscura y deforme lo describe.

Vanessa Vilches Norat. Es cuentista y ensayista. Ha publicado los libros de cuentos *Crímenes domésticos* (Cuatro Propio, 2003) y *Espacios de color cerrado* (Callejón, 2012). Sus columnas periodísticas han sido recogidas en *Fuera del Quicio* (Alfaguara, 2008) y *Del desorden habitual de las cosas* (Capicúa Editorial, 2015). Ha publicado además el libro de crítica y teoría *De(s)madres o el rastro materno en las escrituras del Yo (A propósito de Jacques Derrida, Jamaica Kincaid, Esmeralda Santiago y Camern Boullosa)* (Cuarto Propio, 2007) y coeditado, junto a Maribel Ortiz, *Escribir la ciudad* (Fragmento Imán, 2009). Es profesora de lengua y literatura en la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras.